

MADRE TERESA DE CALCUTA: 100 años de testimonio evangélico

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO, escritor



El pasado 26 de agosto se cumplía el centenario del nacimiento de la Madre Teresa de Calcuta, y el 5 de septiembre hace ya 13 años de su muerte. Dos fechas que marcan la biografía de una mujer excepcional, cuyo testimonio evangélico permanece hoy tan vivo como entonces y a la que desde estas páginas queremos brindar un sentido recuerdo y reconocimiento: a su vida ejemplar de entrega a “los Pobres más pobres”, y a las Misioneras de la Caridad, fieles continuadoras de su obra.



Tantos hijos como Pobres

Una de las declaraciones más explícitas y sintéticas de la **Madre Teresa**: “*De sangre, soy albanesa. De ciudadanía, india. En lo referente a la fe, soy una religiosa católica. Por mi vocación, pertenezco al mundo entero. Por lo que se refiere a mi corazón, pertenezco totalmente al Corazón de Jesús*”. Es una entre las veintitantas maneras como podría arrancar una evocación de la Madre Teresa de Calcuta cuando se están cumpliendo (o acaban de cumplirse) cien años desde su nacimiento. Se nos acaba de ir, pero sigue virtualmente presente y activa aún en esta primera década de un siglo que evoca los nada más que 12 años transcurridos, ¡ya!, desde que alguien afirmó que, a raíz de su muerte, “el mundo se sentía más huérfano”.

DE SIERVA DE DIOS A BEATA

Uno, que ha leído y escrito bastante sobre la Madre Teresa, ha tenido ocasión de leer y transcribir varias veces y en más de un documento las palabras de este comienzo. En uno de tales textos, aparecieron escritas en cinco lenguas: italiano, francés, inglés, español y albanés. Fue el perfil biográfico madreteresiano difundido por el Vaticano el 19 de octubre de 2003, cuando, estableciendo un récord más que justificado, **Juan Pablo II** presidió el acto por el que, de simple “sierva de Dios”, la elevó a “beata”. Si a veces sorprenden un poco determinadas “beatificaciones”, puede que por ignorancia involuntaria, la de Teresa de Calcuta no sorprendió a nadie, por mucho que se hubiese producido cuando sólo habían transcurrido seis años, un mes y unos días desde su muerte.

Su beatificación tuvo que pasar por la “exigencia previa” de que se le pudiese atribuir con fundamento su intervención en un milagro. Un milagro del que –según las crónicas filtradas a través de la a veces criticada

Congregación para las Causas de los Santos– había sido beneficiaria una señora india: **Monika Besra**, de 30 años, madre de cinco hijos, de religión animista, enferma de meningitis tumoral. La fecha de realización de tal milagro no pudo haber sido más... significativa: el primer aniversario (5 de septiembre de 1998) del día de la muerte de la sólo oficialmente “venerable”, cuando para todo el “mundo mundial” ya era, desde largo, santa.

Coincidendo con el aún fresquísimo primer aniversario, dos Misioneras de la Caridad rezaron junto al lecho de una Monika Besra casi desahuciada, poniendo sobre su cuerpo una medalla que había tocado el ataúd de la Madre Fundadora cuando estaba arrancando el funeral de Estado con que se iba de este mundo. Las crónicas conservan los nombres de las dos Misioneras de la Caridad: **sisters Bartholomea y Ann Sevika**. Y evocan la oración con que solicitaron la intervención de la aún simple venerable: “*Madre, hoy es el aniversario de su muerte. Ahora Monika Besra está muy grave. ¡Cúrenosla, por favor!*”. A tal oración añadieron otra

que era frecuente en labios de la Madre Teresa cuando tenía que hacer frente a especiales urgencias. Una oración a la Virgen que uno tiene la impresión de haber visto atribuida a un gran mariófilo, san **Bernardo**. Y que empieza así: “*Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que fuese de Vos abandonado ninguno de los que han recurrido a vuestro amparo o invocado vuestra protección...*”.

Dicen las crónicas que, al veredicto de *milagrosidad* por parte de los especialistas indios **Anirban Chatterjee** y **Anup Kumar Sadhu**, se sumó el de otros dos italianos, **Francesco Introna** y **Giulio Bilotto**, y que aún intervino la ‘Consulta médica’ de rigor, nombrada por la Congregación para las Causas de los Santos. Todos reconocieron por unanimidad la sobrenaturalidad de la curación, “*científicamente inexplicable, improvisa, completa y duradera*”.

SANTA EN VIDA

No sorprendió, pues, el récord en la beatificación de Teresa de Calcuta. Ya bastante antes de su muerte, medio mundo que la conocía, o que había oído hablar de ella, estaba íntimamente convencido de su santidad. Una convicción que compartían tanto católicos como protestantes, budistas o musulmanes; gentes de cualquier religión, incluso de ninguna. Y no porque sus hijas hubiesen hecho de ella un ídolo. Si alguien no dio muestra de impaciencia con miras a su reconocimiento, sino de tranquila espera, fueron sus hijas. Todas guardaron respetuoso silencio, empeñadas nada más que en seguir imitando con fidelidad el ejemplo de sencillez y amoroso servicio de **Jesús** en los “Pobres más pobres”, a ejemplo de lo que habían observado en la Madre Fundadora. Sólo trascendió una expresión autorizada de la que, desde unos meses antes de la muerte de la Madre Fundadora, había sido



Monika Besra, curada por su intercesión

elegida como su sucesora en el cargo de superiora general: la Hermana **Nirmala**. Alguien le preguntó, cuando el proceso promovido por el arzobispo de Calcuta y respaldado por el Obispo de Roma llevaba ya unos meses encarrilado, cuál era la actitud de las Misioneras de la Caridad. La Hermana Nirmala contestó con tranquilidad: “*Nosotras no tenemos prisa alguna de que la santidad de nuestra Madre sea reconocida en seguida o que haya de esperar. Sólo deseamos que su mensaje sea percibido con la mayor claridad*”.

Teresa de Calcuta fue considerada, ya en vida, una auténtica santa. Incluso, durante un período de su vida, más por los más abundantes hindúes, budistas y musulmanes que por los escasos cristianos-católicos de la India. Por una razón sencilla: en la India de los años 50 en que la Hermana Teresa empezó a servir decididamente a los “Pobres más pobres”, el porcentaje de cristianos-católicos testigos de su santidad era mucho más escaso que los otros, que no la admiraban menos y que se sintieron empujados a ofrecerle su ayuda.

Uno recuerda un ejemplar del semanario *Time* que, en su último número del año 1975, dedicó un largo reportaje a los que en el título de su portada calificaba de *Living Saints* (Santos vivientes). La cubierta en color estaba dedicada a la Madre Teresa de Calcuta. De las cinco páginas del texto, cuatro se ocupaban de la Madre Teresa. El Nobel de la Paz no lo recibiría hasta casi un lustro más tarde (en octubre de 1979). La labor de la Madre Teresa y de sus hijas aparecía descrita en *Time* como la de una persona extraordinaria en su sencillez y su servicio a los “Pobres más pobres”. El texto alcanzaba un punto en que casi quería resumir en qué consiste la santidad. Decía que la opinión más común sostiene que santa es la persona a través de la cual brilla la luz de Dios, y que tal era la luz que muchos veían en Teresa de Calcuta.

Hermana Nirmala



LA FAMILIA EN QUE NACIÓ

Lo dicho hasta aquí más bien ha sido empezar por el final, cuando lo lógico hubiera sido empezar por el principio. Y el principio, en este centenario del nacimiento de Teresa de Calcuta, exige referirse a... su nacimiento: el 26 de agosto de 1910 en Skopje (actual Macedonia). Al día siguiente, cuando recibió el bautismo, su nombre era otro: **Gonxha Bojaxhiu**. Gonxha equivale a nuestro **Inés**. Bojaxhiu era el apellido de su padre, **Nikollë**. El de su madre, que se llamaba **Drane**, era **Bernaj**. Con el del padre era suficiente para su identificación y la de sus dos hermanos: **Aga**, la primogénita, nacida en 1904; y **Lazar**, varón, nacido en 1907. Componían una familia cristiana, más bien acomodada. Nikollë, concejal por el sector nacionalista (opción explicable en un país que varias veces había sufrido anexiones y aún hoy expuesto a ellas), tenía un almacén de materiales de construcción y era representante de productos farmacéuticos. Le iba bien en la mínima sociedad que tenía con un socio de origen italiano. No tardó en irle mal, sobre todo en política: de una reunión celebrada en Zagreb en 1917 hubo de regresar a Skopje en una ambulancia que lo llevó directamente al hospital, donde fue sometido a una intervención urgente. No tuvo éxito: murió en el quirófano. Su hijo Lazar se haría eco de la sospecha compartida de que probablemente hubiera sido envenenado por sus rivales. Su desaparición, que representó una grave pérdida para su



esposa e hijos, supuso un notable revés económico por la escasa lealtad del socio italiano, que dio con la manera de incautarse en exclusiva de la empresa creada por el señor Bojaxhiu.

Drane Bernaj, que había contado con la colaboración de su marido en el cuidado de la educación cultural y cristiana de los hijos, prosiguió la tarea con entrega y coraje. Para una población religiosamente plural, en la que, frente a un escaso porcentaje de católicos (inferior al 20%), era bastante más numeroso el de ortodoxos y musulmanes, no había más que una escuela laica, que fue la frecuentada por los tres hijos Bojaxhiu. La educación cristiana era bien suplida por mamá Drane y por la única parroquia –Sagrado Corazón–, regida por un jesuita llamado padre **Jabrenkovic**, que influyó en la guía de los pasos de la futura Hermana Teresa, no menos que de la hermana Aga, y un poco menos de un Lazar que, sin ser reacio a la práctica religiosa, tenía menos inquietudes. Gonxha y Aga no sólo frecuentaban la catequesis y las prácticas vinculadas a su pertenencia a la asociación ‘Hijas de María’, sino que, dotadas ambas de buenas voces como descendientes de un padre que fuera miembro de la banda municipal, formaban parte del coro parroquial. Tales circunstancias les granjearon la amistad tanto de las integrantes de la asociación juvenil como del coro parroquial. Y aún había un interés común que prendió de manera especial en la futura Madre Teresa: la afición por la lectura y, dentro de ella, por los temas misioneros, que encontraban eco en una revista (*Katolickie Misije*) de la provincia eslava de los jesuitas. Tanto le gustaba y atraía que, aparte de leer todo lo que caía en sus manos sobre el tema, llegó a hacer sus pinitos publicando algún artículo en la revista.

VOCACIÓN MISIONERA A LOS 12 AÑOS

Fue en tal ambiente parroquial y familiar donde despertó en ella, ya a los 12 años, el deseo de ser misionera. Una edad demasiado temprana para ser tomada en serio por sus asesores

espirituales y por mamá Drane. Pero tal deseo se instaló con intensidad en su corazón –lo contaría ella misma– con motivo de una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Letnice. Un deseo que creció en intensidad a lo largo de seis años, cuando alcanzó los 18 de edad. Fue el momento en que el tema fue consultado con el párroco Jabrenkovic. El jesuita conocía a unas monjas fundadas en 1609 por **Mary Ward** en Inglaterra, donde (y también en Roma) habían tropezado con serias dificultades por adelantarse a los tiempos. Tales dificultades resultaron atenuadas tras la refundación en 1821 por **Teresa Ball** de una rama irlandesa (de ahí que sean popularmente conocidas como ‘Damas Irlandesas’, aunque su denominación oficial fuera y siga siendo la de Hermanas de Nuestra Señora de Loreto). El padre Jabrenkovic solicitó la admisión para su joven feligresa a la Casa General de la congregación, que estaba en un lejano –entonces bastante más que hoy día– Rathfarnham, cerca de Dublín. Sería la primera religiosa eslava de la congregación. Fue admitida en prueba. Lo siguiente fue emprender el larguísimo viaje en tren: un 25 de septiembre de 1928, en compañía de su madre y de su hermana Aga, hasta Zagreb. Desde allí, tras un par de días de parada en casa de una familia conocida del párroco, Aga y Drane regresaron a Skopje sin la convicción, que se habría de revelar tristemente cierta, de que volverían a ver a su hija y hermana. Gonxha tomó un tren que la llevaría, a través de varios países cuyas lenguas desconocía, hasta Rathfarnham, no menos desconocido, también en la lengua (inglés) que allí se hablaba. A aprender, conocer y vivir el espíritu de la congregación que había elegido dedicó los dos meses que estuvo en espera de un barco que el 1 de octubre de 1928 zarpó hacia la India.

En el mismo barco iba una religiosa franciscana. Con ella formó un dúo “homogéneo” dentro de un pasaje plural por origen, edad, cultura y religión. Algunos de los detalles se conocerían por un “diario de viaje” que remitió a la revista *Katolické Misije*. Aparte de alguna descripción sobre lo que tuvo ocasión de observar en varias escalas



Mary Prema, actual superiora general

de la nave, Gonxha registró la felicidad que le produjo el hecho de que, en un trayecto del recorrido que coincidió con las fiestas religiosas de Navidad y Año Nuevo (1929), se contara con la presencia de un franciscano como viajero, lo que permitió a la aspirante a monja eslavo-irlandesa asistir a los correspondientes actos religiosos. Más triste fue, para la futura Madre Teresa, otro detalle que tuvo que vivir: al paso y escala de la nave por Colombo, su compañera franciscana era esperada por un tío de nombre Mr. **Scalon**, que quiso distraer y festejar a la pariente viajera y a su amiga Bojaxhiu. Una de las distracciones que les ofreció fue un recorrido por la ciudad en *rickshaw* (cochecito de dos ruedas arrastrado por una persona) a hombros de un medio (o completo) esclavo. A la joven Gonxha se le hizo aquello lo más desagradable del interminable viaje, pero no se atrevió a rechazar la amabilidad del anfitrión. Lo reparó interiormente suplicando al cielo que el peso se le hiciese ligero a aquel pobre ser humano.

DESEMBARCO EN CALCUTA EL DÍA DE REYES

El desembarco en el Ganges, puerto final de su viaje en dirección a Calcuta, tuvo lugar en una fecha significativa para la aspirante a misionera: el 6 de enero de 1929, en la conmemoración litúrgica de la Epifanía, de carácter por excelencia misional. Pero, de momento, Calcuta no fue su destino definitivo. Allí permaneció un par de meses, considerados suficientes para que fuese enviada a Darjeeling, en las faldas del Himalaya, donde tenía que dar

prueba, tras un noviciado de dos años, de su adecuación para convertirse en Hermana de Nuestra Señora de Loreto. De que su comportamiento resultó convincente para quienes tenían la misión de juzgarla da fe el hecho de que el 24 de mayo de 1931 fue admitida a la profesión de los votos de obediencia, castidad y pobreza. Una profesión inicialmente temporal, con validez para un año, renovable, hasta que, en 1937, la emitió con carácter perpetuo. Al profesor tuvo que renunciar al nombre que llevaba hasta entonces y elegir uno nuevo. Gonxha dejó de llamarse Inés y eligió el nombre de Teresa, lo que la “obligaría” a explicar más de una vez no haber elegido el de “Teresa la Grande”, la de Ávila, sino el de Teresa la Pequeña, la del Niño Jesús, entonces recientemente canonizada (1925) y pocos años después proclamada patrona de las Misiones.

Ya profesa, regresó establemente a la casa principal de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto en Calcuta. Una casa de escaso parecido con las de la mayoría de los calcuteños, aunque razonable en su funcionalidad, ya que, junto con una numerosa comunidad de religiosas de Loreto, hospedaba dos colegios para niñas: uno de pago (St. Mary's High School) y otro gratuito (Entally, como la barriada que había al lado, de la que procedían la casi totalidad de las alumnas). La Hermana Teresa fue destinada por obediencia a profesora y, posteriormente, jefe de estudios de la High School, lo que no significaba que ostentase una categoría socio-profesional superior a la de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto ocupadas del colegio Entally.

Enseñar le agradaba. Ser miembro de la congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto no le satisfacía menos, si hay que dar crédito a lo que confesó más de una vez en que desveló haber sido “la religiosa más feliz del mundo”. Mantuvo siempre, incluso después de abandonar la congregación fundada por Mary Ward (por cierto, recuperada para el catálogo de la hagiografía oficial, de momento con la categoría de venerable), una intensa admiración por la fundadora inglesa.

La tarea docente le ocupaba buena parte del día durante el año escolar, pero

dejándole tiempo para tareas de oración y de vida de comunidad con cadencias diaria, semanal, mensual y anual. Lo de cada día era la misa, meditación, rosario y otras prácticas de piedad. Lo semanal, la confesión y catequesis. Lo de cada mes, un retiro espiritual, en completo silencio. Lo de cada año, ejercicios espirituales de un mes, en el silencio más riguroso. Los llevaban a cabo, predicados por jesuitas, que también las proveían de capellán diario, confesor y director espiritual semanal, en la misma casa de Darjeeling donde todas habían hecho el noviciado. Como servían de preparación para el año escolar, tenían lugar en el mes de septiembre.

La Hermana Teresa volvió fielmente, por una obediencia que no consta que se le hubiera hecho nunca difícil, durante 17 años al retiro de Darjeeling. No hay constancia de que ninguno de esos 17 viajes, todos en tren, lento como eran en la India (y en otras partes los de entonces), le ocurriese nada particular. Sí parece que realizó la mayoría de ellos, si no todos, en la noche, intentando dormir, si le era posible, y rezando rosarios, que sí lo era.

LA NOCHE DE LA INSPIRACIÓN (10 de septiembre de 1946)

No iba dormida, aunque sí orante, en un viaje muy especial, el decimoséptimo, realizado en la noche del 10 de septiembre de 1946. Coincidía con un momento particularmente dramático de la vida de la India: el de las espectaculares huelgas de hambre y violencia pacífica del gran *Mahatma Gandhi*, cuyos ecos (los 5.000 muertos que se produjeron sólo en Calcuta!) llegaban también al recinto de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto, compartidos con silenciosa angustia por la Hermana Teresa. Aquel viaje tendría una repercusión trascendental en la vida y obra futuras de la Hermana Teresa. En él se produjo un episodio íntimo, sin más testigos que ella y Alguien Misterioso a quien se deja al reverente lector que le ponga nombre. Un episodio que se consignaría en su biografía, y que en la intimidad siguen recordando y bendiciendo sus hijas, definido como *Día* (que más bien fue noche) de la *Inspiración*.

Produce vértigo consignar por escrito un episodio de tales consecuencias, nada cómodas pero irrenunciables, para la vida de la Hermana Teresa y para tantos miles, más bien millones, de personas. De tal nocturna *inspiración* en un tren abarrotado entre Calcuta y Darjeeling surgió la percepción diáfana y la decisión vital de Teresa y de sus seguidoras y voluntarios de entregarse de por vida al servicio amoroso y gratuito de los Pobres: ni siquiera de los Pobres a secas, sino específicamente de los "más pobres entre los Pobres". [Por cierto, amigo lector, no te sorprendas de que 'Pobres' se escriba con mayúscula. Lo decidió y practicó la Madre Teresa, tomando ejemplo de un autorizado predecesor, **Vicente de Paúl**, que, como ella aunque cronológicamente anterior en tres siglos (1581-1660), identificó, mejor que nadie, a Cristo Jesús en los Pobres, para cuya designación también utilizaba la mayúscula].

Si alguien pensase que tal *inspiración*, término recurrente de tan inmenso como misterioso alcance en la biografía y vida de la Madre Teresa, hubiese sido algo humanamente cómodo, estaría equivocado. Y aún más si interpretase que la *Inspirada* lo percibiera como algo ligero en sus implicaciones.

Una de las más inmediatas consecuencias era abandonar una institución religiosa en la que estaba bien encajada. Tan bien que se consideraba "la religiosa más feliz del mundo". Y que tal circunstancia y bastantes más implicaban, porque no

podía ni quería decir a sus superiores y hermanas un abrupto "ahí os quedáis", gestiones y permisos incómodos y dolorosos. De hecho, entre la fecha de la *inspiración* y una mínima consolidación de su nuevo "estatus" transcurrieron cuatro años, en los que incluso atravesó un período de seria debilitación de su salud. Ni se olvide que, además de encontrarse a gusto y bien realizada en Loreto, dependía en sentido jerárquico de una superiora general que residía en Rathfarnham, y que los "trámites" para la puesta en acción en real o aparente "autonomía" de un proyecto que a personas supuestamente muy razonables de su entorno se les antojaba más que utópico, estaban condicionados a la intervención del arzobispo de Calcuta, en aquel momento el ex misionero flamenco monseñor **Ferdinand Périer**, de un papa más bien riguroso que era **Pío XII**, de la intermediación del órgano curial que se denominaba Congregación para la Propagación de la Fe, que se ocupaba de los casos relacionados con los territorios de misión como era la India, así como del nuncio apostólico **James R. Knox**. Si encima se considera que la humilde protagonista era una humilde religiosa de nacionalidad albanesa misionera en la India, pues eso...

Pero, antes de incomodar a unos y a otros con la más sincera humildad, la Hermana Teresa se confió y consultó con su director espiritual, otro jesuita misionero flamenco-belga, cuyo nombre merece recordarse por el tacto y



El 'Nirmal Hriday' (Corazón Puro) en Calcuta

prudencia que puso en todo momento en la dirección y asesoramiento espiritual, tras advertir la dificultad y solvencia del caso: el padre **Celeste van Exem**.

Con ser difícil y doloroso, hubiera sido más fácil que la Hermana Teresa empezase por abandonar la Congregación de las Hermanas de Loreto, dejando de ser monja. Pero eso no lo quería, y no porque hubiera perdido la “cobertura” humano-canónica de la institución. Si no podía ser de Loreto, a la que se sentía afectivamente vinculada, quería seguir con los votos religiosos y la consagración a Dios que había contraído desde la primera profesión temporal, el 24 de mayo de 1931, y de los votos perpetuos emitidos el mismo día del año 1937.

Por supuesto, no fue que la Hermana Teresa exhibiese testarda insistencia u orgullosa inquietud. Lo que fue disponiendo favorablemente a cada uno de los testigos y superiores implicados en la puesta en práctica de los efectos de la *inspiración* fue la evidencia de su rectitud y radicalidad evangélica en su deseo de saciar la sed de Jesús mediante el amor a los “Pobres más pobres”.

Gradualmente, fueron llegando los pertinentes permisos. Primero, el de su superiora general, desde Irlanda, al que se sumó en seguida el del arzobispo Périer. Fue un permiso de “exclaustración” por un año, renovable. Podía seguir siendo monja de Loreto sometida a la obediencia al arzobispo.

¿Puede alguien creer que encontrarse de repente en la calle, sin un céntimo, sin el calor ni la comprensión de todas las Hermanas de Loreto, entregada a la búsqueda y asistencia de los Pobres moribundos abandonados que en aquella Calcuta y en aquella India abundaban por las calles fuera algo cómodo? Confesaría ella misma, más bien forzada por la insistencia de informadores en general, la angustia que le produjo verse de repente fuera de las puertas de Loreto sin una sola rupia en el bolsillo. Aseguraría haberle garantizado la superiora provincial de la India que, si en algún momento decidía dar marcha atrás de su decisión, no dudase de que las puertas de Loreto seguirían abiertas para ella. Teresa echó mano en aquel momento tan difícil de la Providencia, de la que afirmaría siempre con sinceridad no haberle

fallado nunca. El primer episodio lo vivió nada más abandonar Loreto. En seguida se le acercó un desconocido que le ofreció cinco rupias de limosna. Aún no las había guardado en el bolso de esparto que llevaba consigo, cuando se le acercó un sacerdote para pedirle una ayuda para la buena prensa. Le dio cuatro rupias, con lo que su provisión se quedaba en una. Pero no hizo más que cruzar la calle en busca de los Pobres cuando un desconocido le hizo entrega de 50 rupias. Si hasta aquel momento hubiera pasado alguna desconfiada por su mente, ya no pudo dudar más...

Obviamente, pese a la discreción con que se llevó la salida de la Hermana Teresa, habiendo sido profesora muy estimada durante tantos años, la mayoría de sus alumnas actuales le tenían gran estima. Era inevitable que la noticia se espacie, por supuesto que con admirado respeto. En principio, con el doble objetivo de desaparecer de Calcuta para evitar, en lo posible, la curiosidad, pero también para hacer un rápido curso de práctica sanitaria que la cualificase un poco en su labor de asistencia, se trasladó al Hospital de la Sagrada Familia de Patna, a 300 kilómetros de Calcuta, dirigido por una

congregación de religiosas denominadas *Medical Mission Sisters*.

No consta que lo inicialmente implícito para ella a favor de los “Pobres más pobres” implicase también a otros, y aún menos que se propusiese fundar una congregación religiosa. A tal respecto hay una expresión significativa de la destinataria de la *inspiración*: arrancó con la convicción de que tenía que dedicarse de por vida al servicio de los “Pobres más pobres” y que todo lo demás fue surgiendo poco a poco según la Providencia lo fue disponiendo.

Algo importante que surgió mientras estaba en Patna llevando a cabo su aprendizaje fue que se le acercó una joven belga llamada **Jacqueline de Decker** que, recién licenciada en Sociología por la Universidad de Lovaina, había decidido irse a la India como misionera seglar. El encuentro con la Hermana Teresa se le antojó una ocasión de oro para realizar mejor su sueño misionero. Le ofreció ponerse a sus órdenes para llevar a cabo la misma tarea. Por desgracia, la situación no era tan fácil como Jacqueline hubiera deseado. Lamentablemente, la joven había sufrido un accidente de consecuencias irreparables para su columna y movilidad. Ya no volvería a recuperarse, a pesar de que se sometería a poco menos de una veintena de intervenciones: tendría que caminar, de por vida, con corsés y prótesis, y desde luego con dolores muy severos. La Hermana Teresa le tomó un duradero afecto y le propuso algo que dio un nuevo significado a su vida: que ofreciese sus sufrimientos y oraciones por ella. Le rogó que aceptase ser su “madrina espiritual”, cosa que Jacqueline llevó con un gozo que hizo más llevaderos sus dolores tanto mientras permaneció en la India como cuando tuvo que regresar a su país, desde donde permaneció en contacto con la Madre Teresa, que con el tiempo aprovecharía sus viajes a Europa para ir a ver a su “madrina”. Es más, a medida que su obra fue adquiriendo mayor desarrollo –lo dicho: según lo fue disponiendo la Providencia–, la Madre Teresa aprovechó otros ofrecimientos para crear una red de “Colaboradores enfermos y sufrientes” que ofreciesen sus oraciones y dolores por su obra.



Puso a su frente como coordinadora a Jacqueline de Decker, que no sólo permaneció fiel a su compromiso, sino que sobrevivió a su "Ahijada espiritual" hasta el día 3 de abril de 2009.

NUEVE ALUMNAS SUYAS, LAS PRIMERAS MISIONERAS DE LA CARIDAD

Quizá fuera el ofrecimiento de Jacqueline o alguna circunstancia parecida, el hecho es que en Patna, en el Hospital de la Sagrada Familia, mientras llevaba a cabo su aprendizaje sanitario, la Hermana Teresa concibió el proyecto de fundar una congregación para cuyas integrantes, y antes aun para sí misma, ya había ideado unas normas de vida aún más rigurosas que las que luego plasmaría en la pertinente regla de vida, que en argot específico se denomina Constituciones. Un rigor que afectaba, en primer lugar, a la pobreza de los alimentos, que no debían ser otros que los de los "Pobres más pobres".

Pero la Providencia dispuso que, mientras estaba llevando a cabo su aprendizaje, coincidiese la visita la fundadora de la congregación y del hospital, una monja de origen austro-americano llamada Madre **Ann Denguel**, que desempeñaría un importante rol orientador en relación con la tarea de la entonces alumna Hermana Teresa. Ambas se profesarían una cordial amistad y admiración de por vida, que por parte de la fundadora de las Misioneras de la Caridad sería también gratitud.

Escuchando las confidencias de la Hermana Teresa, la Madre Denguel creyó conveniente decirle que debía atenuar la rigidez de vida prevista para sus futuras hijas espirituales, empezando por los alimentos. La propia Madre Teresa recordaría así uno de los consejos de la Madre Denguel: *"Al principio de nuestra congregación, en el momento de fijar nuestras normas de vida, yo estaba decidida a que la alimentación de las hermanas fuese la más corriente de los Pobres de los suburbios: arroz con sal. Pero la Madre Denguel me disuadió con energía. Me dijo que si permitiera que las hermanas se limitasen a comer arroz con sal, sería responsable de un crimen; en breve espacio de tiempo, las jóvenes religiosas contraerían la tuberculosis"*



y morirían. Me dijo: '¿Cómo pretende que las hermanas puedan desempeñar su trabajo sin un adecuado sustento corporal? Los Pobres trabajan poco, enferman y mueren jóvenes. ¿Quiere usted que sus hermanas corran la misma suerte? ¿No querrá más bien que sean robustas y que puedan trabajar por Cristo? Hágame caso, hermana. Procure que sus hijas se alimenten bien para que puedan trabajar a favor de los Pobres'". Y la Hermana Teresa, que escuchó con agraciada humildad tal consejo, se sintió en deber de ponerlo en práctica...

Pero si Jacqueline de Decker se había quedado sólo en colaboradora espiritual de la Madre Teresa, apenas tuvieron noticia de la nueva vida de su antigua profesora –no por ella!–, hubo algunas de sus alumnas que la quisieron seguir. La primera fue una llamada **Subashini Das**. De tal manera quería evitar la Madre Teresa cualquier forma de "proselytismo" que casi intentó disuadirla poniéndoselo difícil. Entre otras cosas, le dijo que la vida que hubiera debido llevar suponía un cambio muy grande respecto al bienestar de que gozaba en una familia acomodada como la suya, empezando por tener que renunciar a los hermosos y ricos saris que llevaba. Y en todo caso, ante su insistencia, la invitó a rezar para pedir luz, prometiéndole que también ella lo haría con la misma intención. Ocurrió que, pasados dos meses, un 19 de marzo la joven Subashini se presentó a ella y le dijo que la oración más bien había reforzado su decisión y que le suplicaba la admitiese como alumna de su nueva escuela, tan diferente de la que había practicado en Loreto.

La Madre Teresa consideró siempre a la joven un regalo de san **José**. En seguida se le presentaron otras antiguas

alumnas suyas de Loreto cuyos nombres merecen recordarse, trascritos en inglés, como siguen figurando en las biografías de la Madre Teresa: **Gertrude, Dorothy, Clare, Bernard, Letitia, Francisca, Florence y Margaret Mary**.

Fueron nueve. Si se suma, que bien lo mereció, Jacqueline de Decker, y la Hermana Teresa; casi un colegio apostólico. Aquéllos fueron hombres. Y uno, **Judas**, traicionó. En el grupo inicial de las Misioneras de la Caridad todas se mantuvieron fieles. Y arrancó la comunidad monacal (en femenino), previa autorización de Roma. Una autorización de "carácter experimental", como si dijéramos. Era –y al parecer sigue siendo, en estos tiempos en que, si acaso, surgen otro tipo de grupos– difícil decir que tan radicalmente testimoniales y ejemplares como las monjitas de la Hermana Teresa. Roma autoriza que actúen en una diócesis o país, antes de darles cabida en el ámbito universal.

Lo de las Misioneras de la Caridad, denominación más sencilla que otras que andan o anduvieron por ahí, arrancó con humildísima sencillez un 7 de octubre de 1950 (fiesta de la Virgen del Rosario): las diez concernidas asistieron, quién duda de que con gran devoción, a una misa que les celebró, en una capilla secundaria de la catedral, el arzobispo Périer. Y echaron a andar. Bueno, ya venían andando y actuando en favor de los Pobres, recogiendo a moribundos por las calles de Calcuta, y acompañando a los más graves en el paso hacia un Más Allá que entendían las buenas religiosas y lo percibían los asistidos, casi ninguno católico –a la Hermana Teresa no le importaba como criterio de asistencia–; un Más Allá que moribundos y religiosas

percibían iba a ser infinitamente mejor que el más acá que abandonaban. Se lo confesó a la Hermana Teresa uno de los primeros moribundos (¡cuántos, cuántos más lo habrían de hacer...!) al que asistió en su tránsito definitivo: *“¡Gracias, Madre! He vivido como un animal por las calles. Gracias a sus amorosos cuidados, voy a morir como un ángel...”*

Acaso no fuera la primera vez, porque casos de moribundos abandonados se tropezaba a diario con muchos. Pero hubo uno particularmente destacado en su biografía: el de una mujer que encontró agonizando por las calles. La tomó en brazos y acudió a dos hospitales, donde fue rechazada aduciendo “no estar allí para hacerse cargo de casos como aquél”. La Pobre Agonizante –en ella agonizaba Jesús– expiró en sus brazos. Teresa exclamó en su interior, casi sintiéndose ella también culpable: *“Lo que no hubiéramos negado a nuestros domésticos, se lo hemos negado a un criatura humana!”*. Y hubo algo que confesaría no haber olvidado de aquel episodio: la Pobre Moribunda había expirado con una de las sonrisas más dulces que observaría en su vida... ¡Sonrisa! Una expresión muy frecuente en el lenguaje de una persona con una experiencia única, consecuencia y fruto de una bondad excepcional.

Quizá fuera el caso de aquella Moribunda, aunque pudo ser el de alguna otra entre los centenares que socorrió ya en los comienzos, el que la movió a un gesto histórico en su biografía: recogida la mujer moribunda, tras verse rechazada por dos hospitales, tomó la decisión de presentarse en el ayuntamiento de la capital para solicitar una ayuda para casos parecidos, que ya había constatado que eran múltiples, todos dramáticos, pero algunos más todavía que otros. Quería un lugar donde pudieran agonizar en vez de hacerlo por las calles, ante la indiferencia de conciudadanos acostumbrados a tales ‘espectáculos’. El ayuntamiento le ofreció la alternativa de dos locales: uno más confortable en la periferia de Calcuta, y otro más céntrico, cercano al templo de la diosa Kali, patrona de la ciudad. La Madre Teresa optó por éste, sabedora de que, cuando se veían en sus momentos finales, los moribundos optaban por

acercarse a Kalighat, para expirar bajo la mirada de la diosa. Se trataba de un local que había funcionado como posada para los peregrinos devotos de la diosa, que, por cierto, no se encontraba en buenas condiciones: en realidad, servía para tráficos no muy legales. La Madre Teresa se dedicó a adecentarlo para ponerlo de inmediato en uso. Lo bautizó con un nombre –*Nirmal Hriday* (Corazón Puro)–, que sonaba muy bien para los “bengalí parlantes”, mayoría en Calcuta. Para ella y sus hermanas tenía un sentido no menos adecuado: como la puesta en marcha del local se produjo el 22 de agosto, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Inmaculado Corazón de María, también para ellas, entonces y después, tenía una significado especial.

LA OBRA DE LA MADRE TERESA EN EL VATICANO

Sí, *Nirmal Hriday* es la denominación del local más emblemático, también en sentido histórico, de la obra de Teresa de Calcuta. Serviría de modelo para otros más en la India y en países de África y Asia. También de América. Por ejemplo, en Haití. [Los centros asistenciales de las Misioneras de la Caridad allí ya eran siete en el momento del terremoto de enero de 2010]. Como la designación en bengalí resulta menos inteligible, muchos la han/hemos vertido en otra descriptiva de su función: “Hogar del Moribundo abandonado”.

En varios momentos de su vida, la Madre Teresa ofreció datos de asistidos ya difuntos en aquel Hogar. Lo hizo en justificada contradicción con su escaso atractivo por la estadística para reseñar

gestos de asistencia: afirmaba razonar en términos de personas. Hacia el final de su vida, desveló que habían fallecido en *Nirmal Hriday* 45.000 personas, mostrándose convencida de que todas lo habían hecho provistas de los documentos en regla para presentarse ante san Pedro. Ella no lo dudaba; uno tampoco: ¡todas estaban en el cielo!

¡La de peregrinos, anónimos en su mayoría, pero también ilustres, que han visitado un lugar tan sagrado, por mérito de los Cristos allí asistidos y de la Santa Viviente que lo puso en marcha! Un día, el 3 de febrero de 1986, lo visitó Juan Pablo II, teniendo como cicerone a la de momento nada más que “simple beata” Madre Teresa. La visita conmovió al papa **Wojtyla**, que hasta vivió la emoción de cerrar los ojos a un moribundo que expiró a su paso. Tan conmovido quedó que, al terminar la visita, preguntó a la Madre Teresa: “¿Qué cree que debo hacer yo por los Pobres?”. La Madre Teresa no necesitó pensarlo mucho: “Santo Padre, déme un trocito del Vaticano para los Pobres”. Es posible que el Papa no se lo esperase. Contestó: “Bien. Lo pensaré”. Ni debió de resultarle fácil. Pasados dos años, le hizo entrega de un local situado al lado del otrora Santo Oficio, hoy Congregación para la Doctrina de la Fe. Se ha convertido, por decisión de la Madre Teresa, en comedor para Pobres, con capacidad a diario para unos 150, casi siempre lleno, y en asilo para mujeres desasistidas. En dos ocasiones, uno lo ha visitado y prestado servicio en el comedor. Salí con la impresión de que en nada desdice, apariencias aparte, del entorno cristiano del Vaticano...



Visita de Juan Pablo II a Calcuta en 1986



ROGER DE TAIZÉ



Elige amar

Hermano Roger de Taizé
(1915 - 2005)



¿PRESIDENTES UNA FELICIDAD?

Hermano Roger de Taizé



ORAR EN EL SILENCIO DEL CORAZÓN

Cien oraciones

Hermano Roger de Taizé

2ª edición

/ ELIGE AMAR

144 pp. 12,90 €

Libro-homenaje al fundador de la comunidad de Taizé. Aquí se recogen algunos textos de sus libros y del inacabado que preparaba en las últimas semanas de su vida. Incluye múltiples fotografías de este hombre de Dios y de la comunidad que fundó.

/ ¿PRESIDENTES UNA FELICIDAD?

128 pp. 11,60 €

El fundador de la comunidad de Taizé rememora, casi setenta años después y con estilo meditativo y de oración, los orígenes de su proyecto, su vida y su pensamiento.

/ ORAR EN EL SILENCIO DEL CORAZÓN

146 pp. 11,60 €

Una recopilación póstuma de las plegarias y meditaciones sobre la búsqueda de Dios que el hermano Roger leía en la oración del mediodía a su comunidad.

CONTACTO

/ Teléfono:
91 428 65 90

/ Fax:
91 428 65 91

/ Email:
buzonppc@ppc-editorial.com

/ Web:
www.ppc-editorial.com

OTROS TÍTULOS DEL Hermano Roger

/ DIOS SOLO PUEDE AMAR / 128 pp. 9,40 € / 5ª edición

/ LAS FUENTES DE TAIZÉ / 128 pp. 9,40 € / 3ª edición

/ RETRATO DE TAIZÉ / 112 pp. 10,30 €

OTROS TÍTULOS relacionados

/ LA ORACIÓN / 136 pp., 9,20 € / 6ª edición

Madre Teresa de Calcuta y Roger de Taizé

/ LA AVENTURA DE LA SANTIDAD / 176 pp., 10,70 €

Hermano John de Taizé